

¿PERO QUE ESTAMOS HACIENDO...?

Con este mismo título apareció en el número del domingo día 29 de junio, del diario madrileño ABC un angustioso artículo de Natalia Figueroa sobre la colectiva locura de destrucción de magníficos edificios que está asolando nuestro país. Sabemos la gran labor que están llevando a cabo la Dirección General de Bellas Artes y la Dirección General de Arquitectura en la salvaguarda de nuestro tesoro artístico histórico: como la de otras entidades y particulares que, en el mismo sentido, intentan y consiguen logros muy estimables.

Pero el asunto es tan importante que requiere la preocupada colaboración de todos o, al menos, de muchos españoles. Es imprescindible lograr en todo el país el clima de cariño y consideración hacia aquello que nos han dejado nuestros antepasados y que estamos en la obligación de entregar y no de destruir, a quienes nos sucedan.

En este sentido damos cabida, en nuestras páginas, a este artículo con el destacado lugar que su importancia aconseja.

¿Pero qué estamos haciendo con España? ¿Por qué desmantelamos monumentos, iglesias, obras de arte? ¿Por qué destruimos edificios magníficos? ¿Quién y cuándo vendrá de una vez a poner remedio, a curar esta epidemia que se extiende día a día?

El conjunto arquitectónico perfecto se destroza con la horrenda casa de pisos modernos. La plaza antigua de cualquier pequeño lugar, mira, impotente, cómo construyen dentro de su propio recinto una Caja de Ahorros con luces de neón que deshace toda armonía... El viejo palacio se convierte en escombros. A la iglesia extraordinaria le pintan colorines, ocultan su verdadera piedra e imitan ladrillos rojos que entusiasman al párroco y que ofenden a la vista. ¿Y dónde está esa talla, conocida desde siempre, que no vemos ya hoy...?

—No se sabe... La quitaron.

La quitaron. No se sabe... Nunca se sabe. Capiteles, columnas, santos y cuadros maravillosos salen de sus respectivos escenarios para no volver más. Todo esto —y es lo que nos estremece— con absoluta impunidad. ¿Adónde hay que acudir? ¿Ante quién gritar? ¿Tenemos, por lo menos, derecho al "pataleo"?

—Si supieras las denuncias que recibimos en Bellas Artes...

Me lo confesaba, con desesperación, un académico.

—Por favor, haga usted algo...

He escuchado mil veces estas mismas palabras a mi llegada a cualquier ciudad o a cualquier pueblo: de Zaragoza a Mojácar, de Sigüenza a Segovia.

—Mire, mire lo que intentan hacer con esto... Y con aquello... Fíjese lo que han destruido... Vea lo que pretenden ahora echar abajo... Tiene usted que decir algo, que escribir algo.

Escribo. Este artículo será, pues, mi grano de arena, mi grito de socorro.

¿Cómo suceden cosas semejantes? Sigüenza, una de las más bellas ciudades españolas, está siendo víctima del tremendo mal gusto de quienes permiten arrasar o edificar donde no se debiera.

Una extraordinaria torre mudéjar fue derribada, hace algunos meses, en Zaragoza, aprovechando la oscuridad de la noche.

La casa que ocupó Napoleón en Chamartín va a ser convertida en escombros.

Se ha desmantelado la capilla de la Venerable Orden Tercera, junto a San Francisco el Grande, considerada como la más bella iglesia del barroco madrileño del siglo XVII y citada en todos los libros de arte.

—¿Qué han hecho?

—Reformas...

Sí, reformas. Han desmontado, han eliminado, han añadido...

Estas muestras son sólo una parte diminuta de tantas y tantas como podríamos escoger. ¿Nos cruzamos de brazos? No. No somos mudos, ni sordos, ni ciegos y necesitamos gritar. ¿Pero quién va a escuchar la voz?

¿Hacia dónde la dirigimos? Somos todos conscientes de lo que está

sucediendo. Nos quejamos y nos desesperamos. Sabemos que hay denuncias, protestas y acusaciones en la Dirección General de Bellas Artes.

¿Y qué hacemos por evitar tantas barbaridades?

Recuerdo siempre las palabras de aquella gufa soviética mientras nos enseñaba Leningrado:

—Aquí no destruimos nada, señores. No arrancamos los viejos y hermosos edificios. Respetamos, ante todo, el arte. Convertimos los palacios en museos, en bibliotecas, en centros culturales... Pero los conservamos.

Antonio Mingote decía en uno de sus chistes que "a este paso, sólo van a quedarnos las antigüedades". Y se refería a ciertas malas construcciones modernas, poco duraderas. Yo pienso ahora que no, que ni siquiera las antigüedades.

Mi artículo viene, sobre todo, a cuento de este precioso teatrillo Lope de Vega que se pretende echar abajo en El Escorial. Precisamente cuando Francia se ocupa de la conservación de los teatros de Corte, nosotros eliminamos el único que nos queda en los sitios reales cerca de Madrid. El superviviente, el primer teatro cubierto construido en España durante el gobierno de Carlos III. En su lugar se levantará, naturalmente, una hermosísima casa de apartamentos. ¿Por qué? ¿Acaso no está lleno de posibilidades el teatro? Comedias, música de cámara, recitales... ¿A quién hay que pedir su salvación?

"No comprendemos por qué este teatro de Corte del siglo XVI está en poder de particulares y no pertenece en propiedad al Estado. Si llega pronto la feliz noticia de su reconstrucción, se habrá conseguido algo muy importante para El Escorial..." Lo escribe Angel del Campo en el "Semanario escorialense". Y Alfonso Paso dice en su artículo publicado en el diario "Alcázar":

Si nos cruzamos de brazos, pueden caer las tradiciones, los recuerdos y mil cosas más. Entre las mil cosas más está el lamentable crimen que va a cometerse con el teatro Lope de Vega de San Lorenzo de El Escorial, auténtica joya que no tiene parangón con edificaciones de esta clase en el viejo continente. Y añade que es intolerable y que él brindaría una idea a los maestros del mundo del metro cuadrado: "Si pueden, derriben el Monasterio de El Escorial y levanten un magnífico rascacielos mucho más rentable que el viejo caserón. A lo mejor seguimos callados".

Sí, a lo mejor seguimos callados. No sé si a estas horas habrán empezado ya a derribar ese teatro precioso. Ojalá lleguemos a tiempo y, entre todos, logremos su indulto. Si pudiéramos, nos colocaríamos con los brazos abiertos ante la fachada. Y ante tantas y tantas otras obras de arte condenadas a muerte. Si pudiéramos... ¿Pero qué estamos haciendo con España?

—Por favor, diga usted algo, escriba...

Escribo. Queda escrito.

Natalia FIGUEROA